

LICHTENBERG Y LA ESCENIFICACIÓN DEL PENSAR

RUBÉN ANTONIO SÁNCHEZ GODOY*

RESUMEN

Este texto parte de la comprensión de la filosofía como un conjunto de prácticas diversas que se ejercitan en torno a la pregunta por el pensar. Al interior de este marco, muy amplio y complejo en sus posibilidades de desarrollo, este texto busca precisar aquello que define la práctica de la filosofía en la Ilustración a partir de los escritos de Georg Christoph Lichtenberg. En este autor encontramos una inquietud por dos problemas propios de la Ilustración, a saber, el pensar por sí mismo y el ejercicio de la escritura, temas que Lichtenberg desarrolla en el ámbito de un análisis del cuerpo, los sueños y la memoria provocado por la escritura y que tiene como fin la constitución del sujeto como escenario del pensar.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

Mi razón siguió hoy, no sin experimentar cierto cosquilleo, los pensamientos del gran Newton en torno al universo. Estoy hecho de la misma materia que ese gran hombre porque sus pensamientos no me resultan incomprensibles: mi mente exaltada responde a sus ideas. Escucho lo que Dios quiso que este hombre legara a la posteridad, algo que millones de oídos son incapaces de escuchar. Sigo esta admirable filosofía en un extremo de mi mente mientras en el otro dos sirvientas (Stella Mirabilis y el Planeta) son del todo indiferentes al intelecto que pretende flotar por tan encima de la tierra; ni siquiera lo consideran digno de someterlo al factum de su ironía y ya lo derriten con su luz común. La fantasía con que sigo los más sutiles giros de una descripción de Wieland, con que creo mi propio mundo y vago a su alrededor como un hechicero, la misma fantasía que transforma las semillas de una nimia ocurrencia en campos enteros de aire intelectual, suele sucumbir ante una nariz de fino trazo o un saludable brazo extendido, con tal intensidad que no queda ni un trémulo escalofrío de la agitación interior. Así estoy suspendido en el mundo entre la filosofía y la astucia de las sirvientas, entre las reflexiones más intelectuales y las sensaciones más sensuales. Oscilo de unas a otras y luego de una breve lucha alcanzo el reposo de mi yo duplicado. Me divido cabalmente: de un lado prevarico, del otro exhalo pureza. Nosotros dos, mi cuerpo y yo, nunca hemos sido tan dos como ahora. En ocasiones ni siquiera nos reconocemos, o nos reunimos tan de repente que ambos ignoramos donde estamos¹.

1. EL PENSAR POR SÍ MISMO Y EL ESCRIBIR COMO PRÁCTICAS DEL FILOSOFAR EN LA ILUSTRACIÓN

LA filosofía como práctica ha tenido diversas formas de ejercicio: el diálogo, la suma, la reflexión, y el aforismo entre otros, han sido géneros en los cuales ella ha definido un quehacer o, más precisamente hablando, un conjunto de quehaceres variados y muchas veces polémicos entre sí. Es recordado, por ejemplo, el testimonio de Diógenes Laercio acerca de las disputas entre Platón y Diógenes el Cínico a propósito de ciertas afirmaciones y actitudes tanto del uno como del otro. En estas disputas

1 LICHTENBERG, GEORG CHRISTOPH, *Aforismos*. F.C.E., México, 1989. B-259 (fragmento). pp.92-93.

lo que está en juego es la confrontación entre dos formas de ejercicio del saber. El caso de la definición hecha por Platón del hombre como un bípedo sin plumas a la que Diógenes responde lanzando un gallo desplumado a las puertas de la Academia², o la acusación que hace el mismo Platón a Diógenes de estar buscando gloria en sus actitudes de indigencia³ señalan puntos llamativos en esta disputa. El diálogo platónico, al que Diógenes llamaba *consunción*, se enfrenta a la continua prueba de sí que ejercita Diógenes en diversos gestos que realiza ante aquellos que le rodean. Ahora bien, ambos personajes fueron, según el testimonio de Diógenes Laercio, discípulos de Sócrates: aquel que había hecho de la pregunta formulada en el seno de la *polis* la práctica propia de la filosofía.

Así, se puede seguir escudriñando prácticas específicas en las cuales se ha desarrollado la filosofía. Trabajo tan fascinante como extenso y al interior del cual se halla el presente escrito. Éste quiere ubicarse en la consideración de uno de los problemas planteados por la modernidad, término complejo ya que designa diversos procesos que han determinado nuestro ejercicio del pensar, uno de los cuales es el que se conoce como la Ilustración. Ahora bien, parece que no es mucho lo que se gana en precisión cuando se define la Ilustración como uno de los procesos específicos de la modernidad, ya que de un término "vago" como modernidad se pasa a otro tan o más complejo como Ilustración. Sin embargo, la Ilustración define un punto de problematización al interior mismo de la modernidad. En este sentido, parece lícito, dentro del esfuerzo por hacer una investigación acerca de las prácticas propias de la filosofía, intentar precisar algunos de los problemas que ha abierto la Ilustración para el ejercicio del pensar. Dichos problemas pueden presentarse como temas o actividades concernientes a la condición misma del pensar. En este texto quisiera empezar analizando dos de ellos. El primero es la afirmación del *pensar por sí mismo* y el segundo el papel de la *escritura* en ese pensar por sí mismo.

2 DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*. Vol II. Orbis, Barcelona, 1985. p.16.

3 *Ibidem*, p.17.

En cuanto a lo primero, se puede decir que, más que una afirmación, lo que se halla aquí es una pretensión de la Ilustración que ha determinado el quehacer de la filosofía de un tiempo para acá y que se ha hecho, por decirlo así, estandarte de una cierta cantidad de proyectos políticos, pedagógicos, filosóficos. El pensar por sí mismo parece ser una pretensión que nos determina, pero que se torna cada vez más problemática en su posibilidad. No se trata simplemente de que se impugne su viabilidad como forma de ejercicio del pensamiento sino su posibilidad como ejercicio del pensar. Es decir, que el problema del pensar por sí mismo ya no es el de las condiciones que hacen posible dicha pretensión sino el de si esa pretensión es una ocasión para el pensar. ¿Es posible el pensar como autonomía? o, en otras palabras, ¿es posible la escenificación del pensar en la figura del sujeto autorreferido?

En cuanto a lo segundo (esto es, el papel de la escritura en la pretensión del pensar por sí mismo), quisiera llamar la atención sobre una distinción presente en el texto *¿Qué es la Ilustración?* de Immanuel Kant, a saber, aquella que diferencia el uso privado con respecto al uso público de la razón. Al hablar de la forma de ejercicio de cada uno de estos usos de la razón, Kant define el uso privado como aquel que se permite a un hombre al interior de una posición civil o de una función que se le ha confiado y el uso público como el que se hace en cuanto sabio ante la totalidad del público lector. Este segundo uso, que jalona el proceso de la Ilustración, hace de la escritura el escenario propio del pensar por sí mismo. A la escritura se le entrega la posibilidad de ejercicio del pensar como propuesta y a la lectura la posibilidad de interlocución con dicho ejercicio. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo. Si bien la escritura es el escenario del pensar, aquello que la provoca, no es el fin de éste. El ilustrado escribe para suscitar el pensar en aquel que lee y su texto es valioso en cuanto señala un camino que él mismo ha recorrido en el pensar. En este sentido, el texto mismo se hace problemático: para el que escribe es un rastro que deja el pensar en su camino y para el que lee, un espectro que insinúa un determinado quehacer. Esa condición del texto hace que la escritura se coloque en el juego de la presencia y de la ausencia de un pensar que accede y se sustrae continuamente a ella.

Estos dos asuntos, el *pensar por sí mismo* y la *escritura*, quisiera ahora desarrollarlos a partir de un escritor contemporáneo de Kant y que ha aparecido en el epígrafe del presente escrito, Georg Christoph Lichtenberg. Lichtenberg permite apreciar el carácter problemático de estos dos asuntos al interior del ejercicio ilustrado. Reconoce, de una parte, la fragilidad del sujeto autorreferido como escenario del pensar y, por otra, la posibilidad que tiene la escritura de hacerse obstáculo para el proceso mismo de la Ilustración. Sin embargo, considera que la Ilustración es un ejercicio del pensar que se desarrolla de acuerdo a un cierto ejercicio del saber que la especifica.

2. LECTURA, ESCRITURA Y PENSAR POR SÍ MISMO

LICHTENBERG era matemático de profesión pero siempre se interesó por las ciencias, los idiomas y las fisonomías. Sus *Cuadernos de saldos* revelan una gran cantidad de conocimientos no sólo científicos sino del contexto y de los acontecimientos de su tiempo. Sin embargo, muestra desconfianza ante la erudición; en este sentido señala que "en verdad hay muchos hombres que leen sólo para no pensar"⁴. Sabe que la lectura no es garantía de ejercicio del pensar ya que puede hacer de los hombres lugares de paso o candelabros de gran cantidad de opiniones que no asimilan sino que simplemente sostienen. Este tipo de lectura produce lo que Lichtenberg llama una barbarie ilustrada que obliga al escritor a aparecer como el temerario perseguidor de la verdad ante una masa deslumbrada por su arrojo⁵. La lectura, tal como Lichtenberg la ejercita, señala más bien la ocasión de adquirir la habilidad para descubrir por uno mismo lo que otros tienen que leer. En este sentido, ella remite a la constitución de la sensibilidad del lector.

Las lecturas precoces o excesivas nos proveen de materiales no asimilados con los que nuestra memoria se acostumbra a administrar la sensibilidad y el gusto. A veces necesitamos una filosofía profunda para que nuestros sentimientos regresen al primer nivel de la inocencia y podamos encontrar por *nosotros*

4 LICHTENBERG, GEORG CHRISTOPH, *Op.cit.*, p.86. G.H.-I/171,5.

5 *Ibidem*, pp.188-9, L-729.

mismos la salida entre los escombros de las cosas desconocidas, empezar a sentir por nosotros mismos y me atrevería a decir, aún a existir por nosotros mismos⁶.

La lectura se convierte en un ejercicio paradójico, ya que el ejercitarse en ella no tiene como fin la maximización de la capacidad de leer sino la adquisición de la capacidad de pensar por sí mismo. Se puede decir que se lee no para leer más sino para pensar. Ese paso del leer al pensar, que no es cronológico, se halla dado por la agudización de la observación y del conocimiento, por la capacidad de asimilar en la sangre y la memoria lo leído, por el reconocimiento de los errores de los que depende el instrumento con el que percibimos y juzgamos, pero, sobre todo, por la adquisición de la capacidad de escribir de tal manera que los que lean adquieran la capacidad de pensar por sí mismos. Esto exige a la escritura la concisión entendida como el intento de describir la infinidad de matices presentes en los acontecimientos y hacer patente la presencia de lo incomprensible en cada una de las radicalizaciones en las coherencias que maneja el pensamiento. Este tipo de desplazamientos provocados por la escritura hacen que el pensar vislumbre su fragilidad, es decir, la posibilidad de que su ejercicio sea el de una máquina diseñada con la convicción de la libertad⁷.

La escritura es excelente para despertar el sistema que dormita en cada hombre; cualquiera que haya escrito habrá notado que al escribir siempre se despierta algo que hasta entonces conocíamos de un modo impreciso y que sin embargo yacía en nosotros⁸.

Frente a este ejercicio de la escritura, la lectura aparece como un quehacer en el cual los textos son ejecutados (en el sentido musical) por el lector. Se lee para pensar y se piensa para observar, sentir y escribir por sí mismo, un sí mismo que se constituye en ese recorrido.

6 *Ibidem*, p.191, B-260.

7 Cfr. *Ibidem*, p.219, E-32.

8 *Ibidem*, p.150, J-14.

3. LA MEMORIA, EL CUERPO, LOS SUEÑOS Y LA CONSTITUCIÓN DE SÍ MISMO POR LA LECTURA. EL ESCENARIO DEL PENSAR

AL interior de este proceso de constitución de sí mismo, tres espacios llaman particularmente la atención dentro de la reflexión de Lichtenberg: la memoria, el cuerpo y los sueños. Son estos territorios que recorre y en los que juega el pensar en la lectura. Son ellos espacios privilegiados de la constitución de sí en el pensar que en la lectura comienza a describir y constituir geografías del cuerpo, continuamente refiguradas por la memoria y los sueños. Veamos más de cerca esto.

Con respecto a la memoria, Lichtenberg afirma que "mientras dura la memoria varios hombres trabajan dentro de uno mismo: el de veinte años, el de treinta. En cuanto ésta falla uno empieza a quedar más y más solo, las generaciones del *yo* se alejan y se burlan del viejo inerme"⁹. La memoria es la dimensión en la cual el tiempo se amplía y se reduce de acuerdo a la densidad de los estratos que la constituyen y que continuamente son refigurados por ella. En los movimientos de la memoria el pensar ha de rastrear y construir, sobre el cuerpo y el rostro, los rastros del tiempo. Esto hace que el pensar comience a ejercitarse como fisionómica.

La fisionómica la entiende Lichtenberg como la capacidad que adquiere el pensar para descifrar y de producir síntomas en el cuerpo, esto es, acercarse a él, de una parte, como espacio en el cual se inscribe la actividad de los hombres.

El cuerpo es la parte del mundo que mis pensamientos pueden cambiar. Hasta las enfermedades *imaginarias* se pueden volver verdaderas. En el resto del mundo, mis hipótesis no pueden turbar el orden de las cosas¹⁰.

Pero si bien el cuerpo es aquello que el pensamiento del hombre puede cambiar sólo lo puede hacer superficialmente, no en sus caracterizaciones fundamentales, afortunadamente según

9 *Ibidem*, K.-I/33,3.

10 *Ibidem*, p.107, J.1183.

el mismo Lichtenberg, ya que "uno se colocaría ojos, el otro miembros congénitos, el tercero orejas"¹¹.

Pero también, por otra parte, el cuerpo es visto por Lichtenberg como lugar de múltiples tensiones que se producen por la alternancia de éste con respecto al espíritu o a la mente. En el marco de esta alternancia Lichtenberg esboza investigaciones en torno a la inmortalidad, los placeres, los alimentos, los deseos, las enfermedades. El cuerpo se presenta como una historia de transformaciones en un material que va de la fluidez a la solidez.

El cuerpo está hecho de una materia peculiar: al principio es dúctil, casi fluida, pero a diferencia del agua no percibe todas las impresiones; está obligado a la retención, a relatar no sólo de manera *simultánea*, sino también *sucesiva*; así, algo se sedimenta en cada instante y el cuerpo se vuelve cada vez más sólido hasta que sólo expresa y ya no percibe¹².

A esta doble caracterización del cuerpo como objeto de la actividad de los hombres y como espacio de tensiones es concomitante el hecho de que sólo nos conocemos a nosotros mismos en el sentido de que no conocemos las cosas sino solamente las sensaciones que ellas producen en nosotros¹³. En consecuencia, la fisionómica no es sólo el desarrollo de un tema del pensar sino la interrogación por la condición misma de éste. El cuerpo es el espacio en el que el pensar se posibilita como pensar por sí mismo en la doble vertiente de una redescrición del cuerpo gracias a la memoria y una constitución de ese mismo cuerpo como órgano del pensar.

Lichtenberg ha dejado consignados en su *Cuadernos de saldos* algunos de los resultados de su investigación fisionómica. Quisiera traer tres que, de alguna manera, señalan los alcances de ésta:

11 *Ibidem.*, p.108, D.194.

12 *Ibidem.*, p.170, F-33.

13 Cfr. *Ibidem.*, p.148-9, G.H.-I/83,1.

Al pueblo lo arruina la concupiscencia carnal contra el espíritu y al intelectual la concupiscencia espiritual contra el cuerpo¹⁴.

Si otra generación tuviera que reconstruir al hombre a partir de sus escritos más sensibles, pensaría que se trata de un corazón con testículos, de un corazón con escroto¹⁵.

Muchos de los más singulares hallazgos poéticos de los hombres se deben al instinto sexual (por ejemplo, los ideales de las muchachas y sus similares). Es una lástima que las fogosas muchachas no puedan escribir de los hermosos jóvenes, como bien podrían hacerlo si les fuera permitido. Así, la belleza masculina aún no ha sido dibujada por las únicas manos que podrían dibujarla con verdadero fuego. Probablemente la espiritualidad que los ojos hechizados ven en un cuerpo sea muy distinta en la muchacha que ve un cuerpo masculino que en el muchacho que descubre un cuerpo femenino¹⁶.

En todas estas investigaciones sobre el cuerpo que Lichtenberg esboza ocupa un lugar especial la observación del rostro como superficie donde la fisionómica se ejercita. En él se pueden percibir los rasgos del carácter no simplemente en un sentido psicológico sino como rastro de una historia que ha quedado atestiguada en él.

El alma es casi imperceptible si no se distinguen los rasgos faciales en que se asienta. Se podría decir que los rostros de una enorme asamblea son la historia del alma humana escrita con caracteres chinos (...) Mientras más detenida es la observación de los rostros, más y más aspectos individuales se distinguen en las caras consideradas insignificantes¹⁷.

A partir de esta consideración del rostro como sedimento de la historia, Lichtenberg desarrolla la fisonomía no como intento de caracterización definida del rostro a partir de ciertos rasgos, pretensión que critica en autores como Lavater de quien afirma que si logra su cometido con respecto a la fisionómica logrará que sean colgados los niños antes de que cometan actos merece-

14 *Ibidem*, p.113, B-21.

15 *Ibidem*, p.112, F-342.

16 *Ibidem*, p.112, A-130.

17 *Ibidem*, p.114, B-67.

dores de la horca¹⁸. La fisionómica del rostro, tal como la entiende Lichtenberg, se presenta como la agudización en la apreciación de los matices presentes en él. Rostro que se oculta por el lastre de la grasa o rostro que revela historias en su finura. Rostro que revela sensibilidad en cuanto que puede desplazarse y expresar diversos estados de ánimo. Rostro que empalidece para sí pero se ruboriza para otros. Rostro que rima o disuena con otros.

Esa fascinación de Lichtenberg por la fisionomía del rostro sólo es superada, en cierto sentido, por la fascinación que experimenta ante el carácter revelador de los sueños. En ellos se halla la posibilidad del autoconocimiento en la medida en que forman parte de lo que es la especificidad de la vida humana. "Una de las ventajas del hombre estriba en soñar, y en *saber que lo hace*"¹⁹. Son los sueños un factor determinante en el tratamiento de los hombres entre sí y en el reforzamiento del fondo moral de estos. Por ello, Lichtenberg ejercita toda una práctica en aras de la descripción de los sueños para precisar las tendencias presentes en ellos para descubrirlas como aleccionadoras del pensar²⁰.

Todo lo anterior permite apreciar la manera cómo Lichtenberg establece un escenario para el ejercicio del pensar por sí mismo que, a su vez, se constituye en ese mismo ejercicio a propósito de la memoria, el cuerpo y los sueños. Cuerpo que se hace superficie a describir y constituir en múltiples matices. Memoria que recobra y refigura las múltiples historias del cuerpo a partir de los rastros que éstas dejan particularmente en el rostro. Finalmente, sueños que al ser reconstruidos por aquel que sueña, señalan las fuerzas que impulsan y caracterizan al pensar. Sin embargo, todo este trabajo del pensar, presentado a propósito de tres tópicos que no agotan otras posibilidades vislumbradas por el mismo Lichtenberg, tiene como propósito establecer el ejercicio del pensar por sí mismo, esto es, la constitución de sí como escenario del pensar. Esta pretensión, fundamental para Lichtenberg es el último punto que analizaré en esta tarde.

18 Cfr. *Ibidem*, p.187, F-517.

19 *Ibidem*, p.247, F-737.

20 Cfr. *Ibidem*, p.247, J-156.

4. LOS LÍMITES DEL PENSAR POR SÍ MISMO

COMO se ha visto, Lichtenberg entiende la pretensión del *pensar por sí mismo* como el ejercicio del pensar en tanto que constituye un escenario para su quehacer. Escenario cuyo material es el cuerpo y entre cuyas herramientas más importantes se hallan la memoria, el sueño y todo un conjunto de facultades desarrolladas a partir de una cierta forma de escritura y de lectura. Nuestro autor considera esta pretensión como plausible para el pensar aunque no cree que permita llegar a un punto de apodicticidad. Los alcances de la Ilustración no son ilimitados ya que, entre otras cosas, el hombre sin prejuicios no se halla sino en los manuales y la razón está incapacitada para ciertos ejercicios del espíritu. Sin embargo, no se puede negar el convencimiento de Lichtenberg con respecto a la importancia de la Ilustración como ejercicio del pensar en el cual se constituye la sensibilidad y el gusto en cada hombre gracias a la observación, la lectura y la experiencia, los cuales instauran el sí mismo como escenario del pensar²¹.

Este proceso de constitución de sí, se desarrolla en la autocrítica y la prueba continua de las posibilidades de ejercicio del conocimiento. Aunque nuestro autor comparte con Kant la necesidad de establecer los límites al uso de la razón, considera que el establecimiento de estos límites ha de permitir el ensanchamiento de las capacidades en el ejercicio de las facultades, en el sentido de la constitución de una sensibilidad, de una topografía. "¡Ser humano, si quieres hacer algo grande, no dejes de palpar tu cuerpo!"²². Se trata, en consecuencia, de establecer la especificidad del hombre como producto de sí en un producirse que establece sus límites en el reconocimiento de los factores que hacen posible la escenificación del pensar.

Si bien el ejercicio del pensar no elucidará la instancia última que permita el autoconocimiento ya que puede llegar a lo incomprendible, o a la ruptura con la evidencia de los fines de la

21 Cfr. *Ibidem*, p.294, J-1280.

22 *Ibidem*, p.252, D-46.

acción o a la duda con respecto a la libertad del pensamiento, entre otras posibilidades, sí suscitará la posibilidad de que el hombre se produzca a sí mismo. En este orden de ideas es donde Lichtenberg entiende la Ilustración como una provocación al ejercicio de sí en el pensar: "Por una sola vez salte del camino y piensa que las cosas no sólo dependen de otras personas; considérate miembro del consejo de decisión"²³.

Esta decisión por el pensar por sí mismo que reconoce la fragilidad en los alcances de dicho esfuerzo es, sin lugar a dudas, uno de los rasgos más llamativos del trabajo de Lichtenberg. La especificidad del hombre se halla en su capacidad de apostar por la libertad a pesar de todo su determinismo. Esto hace que la labor del pensar por sí mismo sea, de una parte, el tomar conciencia de aquello que ya somos de un modo mecánico y, por otra, hacer de ese reconocimiento el espacio de su juego. "El hombre es una obra maestra de la creación, tan sólo porque a pesar de todo su determinismo cree que actúa como un ser libre"²⁴.

5. EL ESCENARIO DEL PENSAR

LLEGADOS a este punto vale la pena recordar que hemos querido partir en nuestra reflexión de dos problemas que nos conectan con la Ilustración, a saber, la pretensión del *pensar por sí mismo* y el papel de la *escritura* en el desarrollo de dicha pretensión. A partir de ello hemos mostrado que Lichtenberg aboca estos dos problemas en primer lugar, haciendo de la escritura la provocación que lleva al pensar, gracias al ejercicio de sus facultades, a volver sobre sus relaciones con el cuerpo, la memoria y el sueño y, en segundo lugar, haciendo del pensar por sí mismo el ejercicio por el cual el pensar mismo, a partir de la escritura, constituye un escenario para su quehacer.

Sin lugar a dudas habría muchas otras formas de recorrer los escritos de Lichtenberg, sin embargo, creo que la escogida en este escrito permite comprender que el pensar por sí mismo más que

23 *Ibidem*, p.293, J-1237.

24 *Ibidem*, p.293, J-1266. cfr. p.214. G.H.-I/77,1.

un supuesto o fin del pensar, es todo un ejercicio especificado por el intento de constitución de sí en el pensar. Ejercicio que reconoce la fragilidad de su pretensión en un camino que va de la crítica a la tolerancia: "El primer paso de la sabiduría: criticarlo todo; el último: soportarlo todo"²⁵.

Considero que el término escenificación es el más adecuado porque, como lo he dicho, no se trata de tener un punto de partida definitivo sino de vislumbrar la posibilidad de un juego en el que el cuerpo, la memoria y el sueño, son puestos en acción por una escritura que agudiza la captación de topografías a fin de ensanchar cada vez más las posibilidades de ejercicio de las facultades del pensar. De ahí que Lichtenberg no intente fijar unos logros definitivos en su investigación tanto como esbozar caminos posibles para ésta. Caminos que sólo pueden ser desarrollados en tanto que se realiza el ejercicio del pensar. En tanto que se constituye un escenario para él en el cuerpo.

En el inicio de nuestras actividades en este semestre, Lichtenberg nos permite acercarnos a algunas de las fascinaciones que animaron el proyecto ilustrado. Fascinaciones que no han dejado de asaltar a la filosofía y que aparecen cada vez que, antes de ofrecérsenos como un *corpus*, nos asalta como un problema.

25 *Ibidem*, p.287, L-2.

